

La ilusión del “terreno común” y el pluralismo mítico *

André Green

Durante su presidencia de la Asociación Psicoanalítica Internacional, Robert S. Wallerstein expresó en dos oportunidades (1988, 1990) la idea de que existía en psicoanálisis un *terreno común*, más allá de las numerosas señales de divergencia en una escala que se estaba volviendo preocupante para el futuro del psicoanálisis. Con ello pretendió generar un atisbo de esperanza en un horizonte gris. No creo que estas circunstancias sean accidentales, y no se me ocurre ninguna otra persona, más que el presidente de la IPA, que fuera capaz de abrigar esa idea y ser movido por esas mismas intenciones. Pienso que fue –y sigue siendo– un acto político, sin atribuir a ese adjetivo ningún significado peyorativo. Me parece que le incumbe a un presidente fomentar, entre los miembros de la entidad que dirige, una unidad que trascienda las fronteras geográficas e ideológicas. Así como un buen padre procura mitigar las diferencias de opinión entre sus hijos cuando adoptan distintos puntos de vista políticos, a menudo contradictorios o incompatibles, Robert S. Wallerstein emprendió una maniobra muy bien intencionada a fin de darnos coraje para enfrentar los difíciles tiempos que previsiblemente sobrevendrán para el psicoanálisis.

En su última contribución, relata, con su habitual franqueza, la historia del movimiento que ha dominado sucesivamente diversos sectores del mundo psicoanalítico, tanto en vida de Freud como después de su muerte. Quisiera hacer algunas observaciones sobre este tema. Los cismas y suspensiones que se produjeron en vida de Freud fueron de otra índole. Freud estaba en condiciones de juzgar si algo era aceptable o no desde un punto de vista del psicoanálisis. Por

* Publicado en *International Journal of Psychoanalysis*, Vol. 86, págs. 627-32, 2005.
Traducido por Leandro Wolfson.

otra parte, se elevaron ciertas críticas, por ejemplo sobre la suspensión de Wilhelm Reich, cuando era claro que había sido un psicoanalista eminente pero sucesos posteriores revelaron que padecía una grave dolencia psíquica.

Wallerstein se refiere a una alianza entre Anna Freud y Heinz Hartmann, y considero que esto es discutible a la luz de lo que hoy sabemos acerca de las incisivas críticas que la primera formuló contra las teorías de Hartmann, que por otra parte no sobrellevaron la prueba del tiempo. Me resulta difícil pensar que Anna Freud pudo haber sido partidaria de la psicología del yo.

Al leer la contribución de Wallerstein, siento que falta algo esencial, y es el afecto que predominó. Yo formaba parte de un grupo CAPS europeo en el cual la decisión de cooptar a Hanna Segal llevó a la renuncia del organizador estadounidense del grupo. A otro amigo norteamericano le oí expresar su malestar frente a las ideas de Melanie Klein. Aún recuerdo un duelo sangriento entre Herbert Rosenfeld y Ralph Greenson en el Congreso de la IPA celebrado en París en 1973, en el que el segundo lo hizo pedazos a Rosenfeld sobre la base de anotaciones realizadas luego de sesiones de supervisión con su adversario, a quien le había ocultado el propósito de la supervisión, así como sus argumentos y objeciones. Yo mismo tengo un recuerdo poco grato del Congreso de Amsterdam (1993) y del debate de una ponencia de Ted Jacobs (para el cual yo había sido designado oficialmente). Enfadado por mis opiniones, Jacobs no me dirigió la palabra durante dos años después de esa oportunidad. ¿Y quién puede olvidar las amargas disputas entre Kohut y Kernberg, que terminaron, no porque se aplacaran, sino por falta de combatientes? Además, Kernberg tuvo grandes dificultades para hacerse oír en los Congresos de la IPA, antes de que se reconociera el valor de su obra.

Desde que Wallerstein expusiera sus propuestas, se hicieron algunos intentos de encontrar paralelismos entre los elementos teóricos de determinado movimiento y los de otro. Como él los menciona, no tengo necesidad de repasarlos, salvo para señalar su extrema infrecuencia. Al mismo tiempo, entre colegas que antes se oponían surgió una camaradería tan inesperada como superficial. De hecho, quienes hicieron algunas concesiones en sus posturas rígidas fueron algunos representantes de América del Norte.

Se ha querido vincular entre sí a autores como Winnicott, Fairbairn y Klein, con vistas a crear una amplia alianza que enfrentara a los teóricos de las relaciones objetales con los que adherían a las

hipótesis de Freud sobre las pulsiones. Si bien estos acercamientos no suprimieron las discrepancias en puntos fundamentales, permitieron reafirmar, dentro de una asociación tan amplia como ésta, una cierta comunidad de pensamiento. He oído defender la idea de que a Winnicott podría asimilárselo a la escuela de las relaciones objetales, punto de vista sumamente controvertible y que ha sido refutado en el trabajo muy bien informado de Madeleine Davis. Por añadidura, las interpretaciones divergentes generaron a veces notables controversias. Recuerdo haber sido regañado en cierta ocasión por Roy Schafer, quien me dijo que el verdadero fundador de la psicología del yo no era Hartmann, como yo había tenido la temeridad de afirmar, sino el propio Freud en "El yo y el ello" (1923), declaración ésta que resulta increíble para cualquier psicoanalista francés. Fue este mismo Roy Schafer quien tardíamente se sumó al kleinismo, liderado entonces por Betty Joseph. Análogamente, a nadie sorprendió que en la Sociedad Psicoanalítica Británica hubiera acercamientos entre Joseph Sandler y ciertos kleinianos, acercamientos que no engañaron a nadie, porque eran tan improbables como cuestionables. ¿La sexualidad se volvía aceptable para la teoría kleiniana? Creo que estas controversias eran puramente técnicas.

Nada de lo que he leído sobre este asunto me ha inculcado jamás la menor convicción de que estos diálogos tuviesen fundamentos serios. En rigor, la existencia de un *terreno común* debe descansar en bases firmes para ser demostrable. Esas bases no pueden consistir en la mera comparación de tal o cual concepto de una teoría con otro de la teoría a la que se pretende aproximarla. *El único procedimiento válido es indicar de qué manera cierto material clínico consistente y basado en la exposición de una secuencia de sesiones y de un proceso psicoanalítico de suficiente extensión puede demostrar el parentesco entre dos teorías distintas, que –recordémoslo– se fundan en diferentes técnicas e interpretaciones.* No obstante, por lo que sé, esto nunca se ha intentado.

Por mi parte, a lo largo de mi experiencia psicoanalítica jamás escuché que tuviera lugar un diálogo productivo entre dos autores que adherían a teorías en pugna. Los partidarios de una teoría suelen oponerse a los partidarios de otra en todos los aspectos imaginables: la comprensión clínica del material, la técnica adoptada y la teoría que lo explica. Wallerstein enumera con precisión a los que proclaman el valor de la diferencia y la diversidad; sin embargo, no creo que unas pocas muestras de buena voluntad sean base apropiada para la

comprensión mutua; la serie de los congresos psicoanalíticos internacionales no muestra en este aspecto nada notable de esta índole. Es ciertamente falso asegurar que la práctica clínica nos acerca, en tanto que la teoría nos aparta, porque ¿hay acaso alguna comprensión clínica que no se funde en una teoría subyacente e implique diferencias en la técnica? A mi juicio, la posición de Wallerstein proviene de una idealización retrospectiva y de una mirada que en poco se diferencia del pensamiento ilusorio.

Resulta claro que rara vez ha habido una apertura tal ante el punto de vista del otro que elucidase las razones de estas posturas teóricas. La reflexión sobre los postulados fundamentales de teorías divergentes no es el ejercicio predilecto de los psicoanalistas, que en verdad prefieren las conversaciones inocuas mutuamente gratificantes a los debates rigurosos.

Este conjunto de argumentos me llevan a dudar de la existencia del proclamado *terreno común*. Hoy, los términos del debate han cambiado. Los argumentos vinculados con los axiomas teóricos o las opiniones ideológicas han cedido paso a una reafirmación del pluralismo del pensamiento psicoanalítico. Me pregunto si la explicación de esta clase de pluralismo no radica en la crisis del psicoanálisis, que tal vez nos esté impulsando a la reconciliación en la esperanza de alcanzar una milagrosa reunificación. Dicho pluralismo es, a la vez, una situación real y una ilusión; es una ilusión porque el pluralismo presupone que entre los diversos puntos de vista reunidos hay, al menos, intercambios que dan razón de las diferencias, siendo que estos intercambios no sucedieron jamás. Pero digo que a la vez es una situación real, porque la lectura de un número cualquiera de *International Journal of Psychoanalysis (IJP)* nos brinda la mejor demostración del caos teórico vigente. Hasta me atrevo a decir que dicha lectura, pese a los loables esfuerzos de los editores de esa publicación, suscita confusión. Los artículos son seleccionados con un criterio que a mí me resulta incomprensible. Por cierto que no quisiera que se convirtiera en una revista partidaria o de un pensamiento uniforme, pero a menudo me pregunto cómo proceden los que seleccionan el contenido; por qué aceptan ciertos artículos manifiestamente carentes de interés, llenos de referencias bibliográficas que los psicoanalistas tienen buenas razones para soslayar, en tanto que otras veces aceptan artículos con seis referencias bibliográficas, todas ellas de autores que pertenecen al mismo grupo que el autor del artículo. Los

kleinianos sólo leen a los kleinianos, así como los lacanianos sólo citan a los lacanianos.

En cuanto a la renovación del psicoanálisis anunciada por Peter Fonagy y otros, ya he señalado que en sus bibliografías hay gran número de referencias que corresponden a puntos de vista antipsicoanalíticos. ¿Presagia esto una apertura intelectual, o el deseo de introducir en el psicoanálisis virus que, lejos de permitirle evolucionar, tratan fervorosamente de orientarlo para que se convierta en un "buen psicoanálisis", expurgado de especulaciones excesivas y supuestamente más aceptable para la ciencia?

Sé que varios cuestionarán fuertemente estas declaraciones. Como ejemplo indiscutible de seudopensamiento pluralista, mencionaré los debates de Internet. En este sentido, sin duda recibiré un montón de mensajes electrónicos en los que se me dirá que soy un espíritu conservador y reaccionario. Sostengo que estos diálogos por Internet en general, y en particular aquellos en que me ha tocado participar, atestiguan un avanzado estado de desintegración del pensamiento psicoanalítico. En nombre de la democracia psicoanalítica, estos expertos en la comunicación informática proclaman concepciones a menudo incongruentes y rara vez convincentes o preocupadas por el *auténtico* pensamiento psicoanalítico. Todo vale: el carácter francamente anticuado del pensamiento freudiano; el imperialismo de un modo de pensar basado en una concepción notablemente empobrecida de la infancia; la fe soberbia en una concepción relacional prevaleciente, que carece de verdaderas pruebas de validez; una mezcla intelectualizada de cognitivismo y neurociencia, que a menudo se conocen muy mal.

En lo concerniente a la práctica clínica, se le otorga prioridad al pragmatismo, aun cuando en ese proceso deban dejarse de lado los principios psicoanalíticos. Respecto de la crítica de los conceptos de Freud, la mayoría de las veces (aunque no siempre) estos debates ponen de manifiesto la ignorancia de los detractores de su pensamiento, que nunca se discute en verdaderos términos epistemológicos.

Freud, tan a menudo acusado de sectarismo e intolerancia, invitó sin embargo a Groddeck a sumarse a las filas del psicoanálisis. Luego definió a un psicoanalista diciendo que era alguien que aceptaba la existencia de la represión, el inconsciente, la transferencia, el complejo de Edipo y la resistencia. Hoy no se cumplen siquiera estas condiciones mínimas. Hay libros que echan por tierra al inconscien-

te, tienen una concepción totalmente distinta de la transferencia y asignan apenas un papel menor, desdeñable, al complejo de Edipo; en cuanto a la resistencia, se afirma audazmente que la única resistencia es la del psicoanalista.

No se debaten conceptos que son ampliamente cuestionados, cuando no rechazados del todo, como la pulsión en general y la pulsión de muerte en particular; el reemplazo del Yo por el *self* en un afán de admitir una entidad global, totalmente abarcativa; la contundente afirmación de que la vida psíquica comienza con los hechos y características extraídos de la observación de bebés, y de que la teoría de las relaciones objetales debe suplantar a todas las demás; la remoción de la angustia de castración, hasta situarla en un lugar ubicado muy por debajo de la angustia de separación; la defensa de una teoría basada en la adaptación; el papel del apego, que supuestamente sustituiría a la sexualidad infantil; las concepciones de la memoria basadas en los hallazgos de las neurociencias más que en la represión, etc., etc. En apariencia, es mejor ser moderno y tirar por la borda la teoría desarrollada a partir de nuestra práctica.

¿COMO HEMOS LLEGADO A ESTA SITUACION?

Quiero señalar que si bien los artículos escogidos por *IJP* se someten a un proceso de revisión crítica, que exige al autor modificar su trabajo después de conocer las evaluaciones, cualquiera—incluso alguien que no sea psicoanalista— puede creerse autorizado a oponerse a las ideas de un autor que, en general, ha expuesto bien sus argumentos y tiene derecho a una consideración más seria. Por supuesto, se dirá que estoy protestando por las críticas de que han sido objeto mis propios trabajos. Simplemente deseo puntualizar que estos debates revelan el caos prevaleciente en el pensamiento de los psicoanalistas y refutan la existencia del pretendido pluralismo, ya que hasta ahora no se ha generado ninguna auténtica comunidad de pensamiento. Haré una salvedad, agregando que a veces, en estas contribuciones por Internet, he leído comentarios interesantes; pero dudo de que sea posible entrar en una discusión profunda de un autor con quien uno no está totalmente de acuerdo dentro de los límites de extensión impuestos en estos casos. Es un hecho notable que, mientras alguien se exprese de manera jovial, puede decir cualquier cosa y exponer una teoría incongruente, en tanto que el examen

detenido de la enunciación de esa misma teoría se considera cuestionable. Conozco muy pocos autores en la comunidad psicoanalítica sobre cuya obra se formula a veces un juicio crítico apropiado. Se requiere la erudición de un Riccardo Steiner para ser iluminado acerca de los orígenes de un movimiento intelectual en psicoanálisis. Sostengo que hasta ahora no existe ningún estudio serio del pensamiento freudiano realizado por psicoanalistas. Para leer una obra de esa índole tuvimos que esperar a Ricoeur, que es filósofo y no psicoanalista. Esto no quiere decir que un autor tal no pueda aparecer en el futuro, pero es indiscutible que se llegó a la prematura conclusión de que Freud era un autor al que ya no valía la pena leer.

Hablarle de un *terreno común* a un francés como yo no puede sino suscitar una sonrisa escéptica. Me he movido en los círculos psicoanalíticos aproximadamente desde 1970, y puedo asegurar que—salvo algunas muestras de estima aisladas, por las cuales me siento agradecido— en todo este largo período el psicoanálisis francés ha sido denigrado en forma sistemática. En una época en que la psicología del yo en Estados Unidos, el kleinismo en Gran Bretaña e incluso el psicoanálisis argentino se hallaban bien establecidos, los autores franceses eran considerados, aparte de una minúscula minoría, como palabreros carentes de interés. Sin duda, para que sus aportes fueran traducidos y aceptados en las revistas anglosajonas, se requería un *terreno común*. La bibliografía del trabajo de Wallerstein no incluye ni una sola obra de un francés.

Puedo escuchar las acusaciones de que he sucumbido al chauvinismo; sin embargo, no me puedo quejar de mi suerte, y cuando algún anglosajón tuvo en cuenta a autores extranjeros—no a todos, por cierto—, yo estuve entre los pocos afortunados. Por otra parte, tengo excelente relación con muchos de mis colegas de allende los mares. Por lo tanto, no estoy defendiéndome a mí mismo, sino subrayando la ausencia de una comunicación auténtica entre los movimientos psicoanalíticos, que casi siempre se aíslan en sus respectivas parroquias. La mayor parte del tiempo, y pese a los intentos esquematizadores, los psicoanalistas hablan un solo lenguaje: el propio.

Ya que este pluralismo no existe, tenemos que comenzar a crearlo, lo cual significa instituir una comunicación genuina entre las distintas corrientes de pensamiento y fomentar una discusión en profundidad de los principios subyacentes en las principales posturas teóricas que rigen el psicoanálisis contemporáneo. A mi juicio, no es suficiente mencionar el *terreno común* para darle vida. Basta con enumerar

las citas de autores que se refieren a él. Pienso que la *palabra* no alcanza para crear la *cosa*. Creo que sería infinitamente más valioso tomar debida cuenta de nuestras divergencias –incluidos sus orígenes históricos, ideológicos, culturales, clínicos y técnicos– que engañarnos con la reconfortante idea de que, por pertenecer a una misma asociación, somos todos camaradas. ¿Qué se gana con convocar el surgimiento de un “esperanto” en psicoanálisis? Hará más daño que bien. La diversidad de opiniones no se encara adecuadamente amontonando una confusión tras otra.

El psicoanálisis no puede asimilarse a la física contemporánea. Esta comparación, basada en la vulgarización de la ciencia, se invoca a menudo. En mi opinión, el psicoanálisis no es una ciencia ni una rama de la hermenéutica: es una práctica basada en el *pensamiento clínico*, que da origen a hipótesis teóricas. Recordemos la definición de dio de él Freud en 1922 para un artículo de una enciclopedia: un método, una cura y una teoría. No es un híbrido, aunque se alimenta de fuentes tanto naturales como culturales. Es el puente entre la naturaleza y la cultura.

El humanismo no puede hacer ningún aporte en este punto. Freud no era, por cierto, un humanista.

Wallerstein da algunos ejemplos célebres, como el de Otto Kernberg, que apruebo. Omite mencionar que Kernberg estuvo en contacto permanente con diferentes escuelas de pensamiento psicoanalítico. Pese a ser de origen chileno, se vio expuesto al pensamiento de Melanie Klein en una etapa temprana. Aprendió francés y era capaz de mantener una discusión en esta lengua con cualquier psicoanalista de mi país. A despecho de sus afanes sintéticos y su cosmopolitismo, sigue siendo para mí un representante de la escuela de América del Norte, de lo que yo denomino la escuela de Topeka, a la que también pertenecen Wallerstein y Gabbard; ella se caracteriza por la práctica institucional, que no es la condición más propicia para el desarrollo de un auténtico pensamiento psicoanalítico. Se preocupa más por la “ciencia” y por la investigación cuantitativa o los criterios diagnósticos que por seguir los sutiles, a veces contradictorios, meandros del proceso psicoanalítico. Esta es otra noción que hace poco se propuso abolir en el Congreso de Niza, con el pretexto de la clarificación y la eliminación de conceptos molestos e inútiles. Kernberg es consciente de las diferencias entre las diversas tendencias conflictivas que alberga el pensamiento psicoanalítico. Sus tentativas de tender puentes entre ellas destacando sus convergencias

apuntan a defender la unidad del consenso teórico. Me temo que tales convergencias sean más ilusorias que reales. Este *terreno común*, del que sólo se habla en Estados Unidos, necesita por cierto una buena limpieza. No olvidemos la fértil coexistencia de los diversos movimientos que compusieron la Sociedad Psicoanalítica Británica.

Una última pregunta: ¿cómo es posible que, aun expresando todas estas diferencias, que en general se intensificaron después de la muerte de Freud, podamos seguir hablando de un mismo objeto? Es una pregunta válida, pero no estoy seguro de que en realidad hablemos del mismo objeto. Simplemente intercambiamos opiniones, poniendo cuidado en no ofender demasiado la sensibilidad del otro.

Para terminar, este enigma: ¿cómo es posible que, aplicando diferentes técnicas y remitiéndonos a sistemas de pensamiento a menudo incompatibles, obtengamos algunos resultados positivos? ¿Por cuánto tiempo podremos hacerlo? Cualquier respuesta a esta pregunta exige un debate profundo, pero tengo la certeza de que el pluralismo o el *terreno común* no constituyen respuestas adecuadas.

BIBLIOGRAFIA

- FREUD, S. (1923) The ego and the id. *Standard Edition*, vol. 19.
GREEN, A. (1993) Comentario sobre "The inner experiences of the analyst" y respuesta de Theodore Jacobs. *Int. J. Psychoanal.*, 74: 1131-36.
WALLERSTEIN, R.S. (1988) "One psychoanalysis or many?". *Int. J. Psychoanal.*, 69: 5-21.
— (1990) "Psychoanalysis: The common ground". *Int. J. Psychoanal.*, 71: 3-20.

André Green
9 Avenue De L' Observatoire
75006, Paris
Francia